



## HOMILÍA EN EL SANTUARIO DEL CURA BROCHERO<sup>1</sup>

*Ricardo Araya<sup>2</sup>*

¡Bienvenidos! quiero expresar el gusto de recibirlos a todos ustedes, participantes del XII Encuentro Monástico Latinoamericano, en el Santuario del San José Gabriel del Rosario Brochero.

Ustedes que son buscadores de Dios en lo profundo del corazón, han venido ahora a buscarlo al interior de Córdoba, en las periferias del oeste de esta provincia. Nos alegra que hayan llegado hasta este valle de austera belleza, adornado con la vida y el ministerio del Padre Brochero.

Como me han contado que entre ustedes hay monjes y monjas de Brasil, con gusto quisiera recordar que el Santo Cura Brochero, por línea materna, era nieto de un ex soldado portugués llamado Plácido Dávila. Después de haber estado un tiempo en Río de Janeiro, su abuelo se establece en Argentina, en la provincia de Córdoba. Aquí se casa con Tomasa Ferreira. Una de las hijas de este matrimonio es la madre de nuestro Cura gaucho, Doña Petrona Dávila.

Ustedes acaban de cruzar las Sierras Grandes con su pampa de Achala y han llegado a la antigua Villa del Tránsito, hoy llamada Villa Cura Brochero, en el Valle de Traslasierra.

---

1 Homilía en la Misa celebrada en el Santuario del Cura Brochero, con ocasión de la Peregrinación al Santuario de los participantes del XII° Encuentro Monástico Latinoamericano.

2 Obispo de Cruz del Eje, Córdoba, Argentina.

Hace 150 años las atravesó un joven sacerdote de 29 años, con solo cuatro en el ejercicio del ministerio. Y se quedó aquí 40 años.

Por esas sierras el Cura consiguió llevar numerosos grupos de fieles para realizar ejercicios espirituales ignacianos. Esto implicaba al menos tres días de viaje por caminos de herradura hacia la ciudad de Córdoba, en grupos de cientos de hombres o mujeres. Y lo hacían en invierno, porque era la época de menos trabajos; a pesar de las inclemencias del tiempo, incluso de la nieve.

Al regreso de aquella aventura Brochero hacía preparar un arco de triunfo y una gran fiesta. La gente los recibía endomingada y se percibía el aroma del asado con cuero. Había alegría en los que ya habían hecho ejercicios y también en aquellos que se preparaban para hacer los próximos. Todo esto hacía olvidar lo difícil del viaje por esas sierras.

Fue entonces cuando nació la idea de una casa de ejercicios en el Tránsito. Comenzó la construcción el 15 de agosto de 1875. Faltaban el revoque y los pisos pero se empieza con las tandas de ejercicios en 1877. Ese año la primera tanda suma a más de 500 personas y la última a más de 800. Al momento de la muerte de Brochero en 1914, se habían registrado 158 tandas con 38.000 ejercitantes. En este Curato habitaban unas 10.000 personas.

Su espiritualidad, que podríamos denominar combativa al modo de san Ignacio, es profundamente encarnada, pastoral y pascual.

Brochero entiende que por el dinamismo de la Encarnación del Hijo, Dios sella su comunión con los hombres; se ha unido de alguna manera a todo hombre. Y en ese dinamismo de amor la Eucaristía es sacramento, fuente y expresión de la comunión del hombre con Dios.

Desde la comunión eucarística con Cristo, Brochero irá configurando su vida a la de Cristo Pastor, en una original síntesis de gracia y cultura serrana. Desde esa comunión eucarística irá transformando su mundo de relaciones en espacios de comunión y de integración con todos: se lo ve acompañado “del político liberal, del borracho del pueblo, del temido criminal, del evitado leproso”..., y podríamos continuar nombrando personas.

Para Brochero el misterio de la comunión, que se visibiliza en el sacramento eucarístico, excede el solo ámbito celebrativo.

De lo poco que dejó escrito, además de muchas cartas, se conserva una plática sobre la Última Cena. Para Brochero la Eucaristía es “el resumen de todas las obras que pudo hacer el poder divino”.

Afirma: “al despedirse del hombre para volver al seno del Padre ensanchó su amor, le hizo tomar mayores proporciones, y tuvo en su alma un amor tan grande, tan excesivo y tan tierno que no lo podía contener en su corazón...”. La Eucaristía acontece “cuando su amor se acrece, se avigoriza, se agiganta, se rebalsa por todas partes y se revienta; si puedo expresarme así...”.

La centralidad de la misa cotidiana en la espiritualidad de este pastor serrano no fue una experiencia “intimista”. Para él se trataba de una intimidad que necesitaba ser compartida. Lo configuraba con Cristo y lo abría a Dios y a los hermanos.

Existen sobrados testimonios que afirman las innumerables actividades y los frecuentes espacios de oración. Así lo pintan dichos testimonios: “vistiendo un pañuelo rojo, atado a la cintura, en que llevaba el breviario”; o también: “andaba en mula, rezando el rosario”.

A pesar de llevar una vida tan activa y variada, siempre se le vio celebrar misa, rezar el breviario y el rosario (había pedido licencia de “altar portátil”). Y en los últimos años, ciego y leproso, celebraba la misa de memoria. En sus largos viajes por la sierra cuentan que solía retirarse solo para rezar el oficio. Un anciano que lo acompañaba en aquellas travesías afirma: “llevaba el Santo Evangelio, lo leía, se callaba, meditaba y después predicaba”. Y cuando ya ciego una religiosa, Esclava del Corazón de Jesús, le leía el evangelio, el Cura decía: “muchas gracias hermana Lucía, ya tengo pasto para rumiar todo el día”.

Supo unir acción y profunda piedad, sin rupturas, en medio de sus ocupaciones.

Finalmente, el Cura cruzaba el río crecido para visitar a los enfermos. Dice un testigo que “llegando a la orilla, se apeaba de la mula y quitándose la sotana, envolvía con ella la cabeza del animal para que no le entrara el agua en

las orejas y se desorientara. Acomodaba el bolsito del Santísimo sobre la mula, con otras cosas. Asido entonces con una mano de la cola, y con la otra guiaba con el rebenque adentro del agua. Flotaba a mula, y arrastrado detrás, no sin tumbos, seguía incitando al animal con el azotillo, hasta ganar la orilla. Así mojado, se vistió otra vez de la sotana, se colgó al cuello el bolsito y, subido en la mula, se alejó. Al volver muy tarde lo atajamos en lo de Doña Anastasia. Sin bajarse del animal, dijo con sencillez y naturalidad ¿Qué se admiran de eso! Es mi deber. Había concertado con la viejita Francisca que iría hoy a llevarle la comunión, y no quise privarla de ese consuelo”.

Llevado por este dinamismo eucarístico se hace uno con la gente, un serrano más, profundamente encarnado en su cultura. Quizás sea esto lo que mejor explica la pronta, generosa y desinteresada colaboración que obtiene de sus paisanos. Sus iniciativas no son “suyas”, son de la comunidad y para la comunidad.

Brochero no se santificó a pesar de su gente, sino que recorrió un camino de santidad eminentemente eucarístico, un camino comunitario.

*arayar03@gmail.com*